

Los Hijos como Herramienta de Dominio

Por Rev. Brian M. Abshire

Dios creó al Hombre para el dominio, i.e., para actuar como Su vice-regente sobre la creación, gobernándolo y dirigiéndolo para Su gloria (Gén. 1:28ss). El Huerto en Edén fue un proyecto piloto, iniciado por Dios pero que luego le fue confiado al Hombre para que lo labrara y lo guardase. A medida que la familia de Adán crecía, tarde o temprano tendrían que mudarse saliendo así del Huerto, extendiendo su belleza, armonía y orden hacia el resto de la tierra. Incluso el pecado de Adán puede ser visto como un esfuerzo por ejercer dominio, aunque por medios impíos. En Su propio tiempo, Dios mismo habría entrenado a Adán para que conociera el bien y el mal. Pero tal conocimiento sería el resultado de la propia labor de Adán probándose a sí mismo por medio de la labor diligente y el servicio fiel. Pero en lugar del servicio Adán escogió la rebelión contra la autoridad de Dios deseando así el dominio en SUS términos; y de este modo acarreo el juicio sobre la creación.

La maldición de Dios sobre Adán y Eva no negó el Mandato de Dominio, simplemente hizo que la tarea fuese más difícil. La tierra aún debía ser cuidada, pero ahora el Hombre tenía que lidiar con las espinas. La Mujer aún daría a luz a los hijos, pero ahora con gran dolor durante el parto. (Incluso la maldición demuestra la gracia de Dios; los hombres impíos, quienes tienen que trabajar duro para sobrevivir, no pueden ser tan consistentes en su maldad como lo serían en circunstancias más cómodas. No es ningún accidente que las culturas prósperas sin el evangelio invariablemente llegan a ser culturas infames y perversas.) Es significativo que después del diluvio Dios le da a Noé exactamente el mismo mandato en Génesis 9:7 que le había dado a Adán muchas generaciones antes. El Hombre fue creado para el dominio.

Incluso la Gran Comisión de Mateo 28:19-20 puede ser interpretada como una reafirmación del Mandato de Dominio. Los medios para fructificar, multiplicarse y llenar la tierra incluye ahora el evangelismo; pero el fin sigue siendo el mismo, sojuzgar la tierra para la gloria de Dios. Naciones enteras han de ser traídas a la sumisión a Cristo por la predicación de la Palabra. (Qué triste que este crucial pasaje sea tan mal interpretado y con tanta frecuencia. La Gran Comisión nos ordena discipular NACIONES, ¡no individuos!). A medida que esas naciones se convierten a la fe en Cristo, y son discipuladas para obedecerle en todas las cosas, Su gobierno y dominio se propagan por toda la tierra.

Por lo tanto, el dominio es parte integral de la naturaleza del Hombre, y es ineludible. La pregunta es si se buscará el dominio por las razones correctas y por los medios correctos. Si los Cristianos no buscan el dominio enfatizando las afirmaciones de Cristo Jesús en todas las áreas de la vida, y en lugar de eso se escoden en un ghetto religioso, entonces los hombres impíos buscarán el dominio en lugar nuestro. Toda la historia humana se puede interpretar como la historia de hombres impíos buscando cumplir el Mandato de Dominio por vías impías. Las guerras, las conquistas, la esclavitud, las tiranías políticas, económicas y sociales son todos los intentos realizados por los hombres impíos para ejercer dominio sobre otros de manera ilegítima. Y como el pecado siempre produce muerte, el dominio

impíos invariablemente conduce al desastre (cf. Deut 28:1ss; Rom 1:20ss). Cuando los Cristianos dejan de ejercer un dominio piadoso, simplemente crean un vacío que los hombres impíos van a llenar con su maldad. No permitamos que haya aquí malos entendidos: los hombres impíos no edifican sociedades libres, prósperas o seguras. Inevitablemente, cuando los impíos toman el dominio, el hombre promedio pierde su riqueza, su familia y su libertad (Rom 1:20ss).

Muchos Cristianos le temen a la palabra “dominio” porque hemos sido tan influenciados por el humanismo, que entendemos la palabra únicamente en términos humanistas. Para el impío, dominio equivale a fuerza; una imposición de poder, emanada desde arriba, sobre otros en contra de su voluntad. De allí que, muchos Cristianos piensen que ejercer dominio quiere decir revolución, esfuerzos violentos por conseguir el poder político o gobiernos opresivos. Puesto que rechazan tajantemente tales conceptos, también rechazan cualquier tipo de dominio, y como resultado, se esconden en las áreas de la vida personales y subjetivas, dejando que el mundo literalmente se vaya al infierno.

Pero el dominio piadoso se logra a través de medios piadosos. No predicamos la violencia o la revolución porque la revolución es, por su misma definición, contraria al evangelio. Adán fue el primer revolucionario cuando se rebeló contra la ley de Dios. Comer del fruto prohibido fue un intento por conseguir conocimiento, poder y dominio por medio de un acto revolucionario, en lugar de adquirir dominio a través del servicio fiel. El dominio Cristiano, por el contrario, DEBE resultar a partir de principios bíblicos. Marcos 10:45 es claro, el poder llega a aquellos que sirven. A los Cristianos se les DARÁ dominio, cuando demostremos que somos capaces de administrarlo. ADQUIRIMOS dominio siendo fieles en las cosas pequeñas y luego Dios nos otorgará dominio sobre las cosas grandes (e.g. Mat 25:21).

Por lo tanto, no existen reparaciones rápidas, no hay ninguna bala “de plata” que vaya a resolver todos nuestros problemas sociales y darnos dominio de la noche a la mañana. Los intentos por encontrar una de estas respuestas milagrosas (como la de elegir un presidente “Cristiano”) son inherentemente contraproducentes pues generalmente involucran ya sea la revolución o la tiranía (¿Cómo podría, incluso un presidente “Cristiano,” hacer valer la ley de Dios si la gente del pueblo es rebelde?). Dios es soberano; Él y solo Él gobierna el Cielo y la Tierra. Por lo tanto, si hay perversidad y corrupción en las altas esferas, reemplazar simplemente la cepa actual de políticos no va a resolver el problema porque fue la gente perversa quien los eligió desde el principio. En tanto que la población sea perversa, ¡escogerán hombres perversos para gobernar sobre ellos! Los Cristianos PERMITIERON que la maldad creciera y floreciera al rehusarse a ejercer dominio de manera apropiada y ahora simplemente estamos cosechando los resultados. Por lo tanto, para resolver el problema se requerirá una transformación masiva del carácter el pueblo norteamericano.

La transformación del carácter inicia con la familia Cristiana. Como Rushdoony señala, la familia es la primera escuela, la primera iglesia y el primer Estado del niño. Es en el contexto de la familia que aprendemos las habilidades básicas que eventualmente conducirán al dominio social, político y económico. En el hogar aprendemos diligencia, disciplina, trabajo duro, responsabilidad, moralidad y carácter piadoso. Las Escrituras son claras de que si un hombre no puede administrar su propio hogar, entonces no puede

administrar la casa de Dios (1 Tim 5:5). Si no puede administrar la iglesia, entonces ciertamente no puede administrar el Estado. De modo que, el punto de partida de una verdadera restauración de la civilización Cristiana comienza con aprender como dirigir nuestras familias apropiadamente. Una vez que hayamos demostrado fidelidad en este punto, entonces podemos esperar que Dios nos otorgue mayor responsabilidad en la sociedad en general.

Por ende, la clave para la reforma nacional se encuentra en el medio bíblico del Mandato de Dominio; hemos de ser “fructíferos y multiplicarnos, llenar la tierra y sojuzgarla.” Por favor, note aquí la secuencia. Sojuzgaremos la tierra cuando hayamos sido fructíferos y nos hayamos multiplicado. Ahora, se puede argumentar razonablemente que esta multiplicación debe incluir más que la generación natural; también nos multiplicamos por medio del evangelismo. Pero también tenemos la propia promesa de Dios de que Él bendecirá nuestra simiente de pacto (Hechos 2:38-39). A medida que los Cristianos toman en serio el Mandato de Dominio, a medida que disfrutan las bendiciones del amor marital, normalmente hablando (y con excepciones debidamente señaladas) Dios nos concederá hijos; muchos hijos; hijos del Pacto. Y a medida que esos hijos crecen en hogares disciplinados y piadosos, y desarrollan sus llamados, y se casan con otros hijos del pacto, y sirven fielmente al Señor, ellos también serán bendecidos con muchos hijos del pacto. Generación por generación, el principio del interés compuesto opera a nuestro favor. Con el tiempo, Dios bendecirá las familias Cristianas con mucha descendencia, quienes eventualmente se multiplicarán y llenarán la tierra.

Esta fue la gran promesa de Dios a Abraham; que sería el padre de muchas naciones (Gén. 15:5). A través de un hombre Dios creó una familia que en el lapso de pocas generaciones llegó a ser una nación poderosa. Con la venida de Jesús, muchas naciones fueron adoptadas en la familia de Abraham y comenzaron a propagarse por toda la tierra. Generación por generación, Dios está multiplicando a Su pueblo. Los impíos, por otro lado, han destruido activamente su futuro a través del control de la natalidad y el aborto. Este es el juicio de Dios sobre ellos así como es una garantía de nuestro futuro. Aún cuando los Cristianos en la actualidad son sobrepasados en número y a menudo oprimidos, eventualmente, si solo valoramos a nuestros hijos, les entrenamos y resistimos la tentación moderna de limitar su número, entonces, en solo unas pocas generaciones, podríamos ejercer dominio sobre toda la nación (ver mi artículo “Una Visión Alternativa del Evangelismo.”)

Por ende, el dominio bíblico requiere una orientación futura y una disposición a sacrificar nuestra propia paz y prosperidad personales por causa de las generaciones aún no nacidas. Significa que velamos no solamente por nuestros propios deseos y expectativas, sino que vemos hacia un tiempo aún por venir cuando toda la tierra estará llena de Su gloria. Esta no es una idea nueva. La mayoría de los estadounidenses pueden trazar su ascendencia hacia aquellos inmigrantes que lo dejaron todo en el Viejo Mundo para mudarse hacia América. Muy pocos de aquella primera generación alcanzaron el “Sueño Americano.” Con frecuencia, sus condiciones de vida fueron inicialmente peores que las que habían dejado mientras forjaban una nueva vida en el desierto. Pero nuestros ancestros se mudaron aquí no solo por su propia comodidad personal, sino también debido a su compromiso con sus futuros hijos, nietos y tataranietos. Lo sacrificaron todo para darle a su

posteridad un futuro y una esperanza. Y debido a ese sacrificio, sus hijos edificaron sobre la obra de sus padres y creación la nación más libre, próspera y piadosa de la historia.

Si queremos recuperar lo que hemos perdido, debemos reclamar primero la dedicación de nuestros ancestros y su visión del dominio piadoso. Nuestros hijos son nuestras saetas hacia el futuro (Salmo 127:1ss). Por medio de ellos, tenemos la habilidad de impactar e influenciar la dirección de la cultura Americana por los siguientes mil años. Sí, significa sacrificio personal y quizás incluso un estándar más bajo de vida que la familia promedio estadounidense con dos ingresos que envía a sus 2.2 hijos a las ciudadelas de la educación pública humanista. Pero nuestro sacrificio ahora podría significar la restauración aquí de una genuina civilización Cristiana y la evangelización de todo el mundo.

Por supuesto que esto requiere que tengamos una visión diferente de la familia de la que comúnmente se tiene incluso en los círculos evangélicos Cristianos más amplios. Dios no nos da hijos para que pasemos por una mala experiencia, o como un medio para aliviar nuestra propia infancia. En vez de ello, Él nos confía Sus hijos del pacto en nuestras manos, para que podamos amarles, instruirles y prepararlos para la guerra. Ellos son Sus guerreros, y es nuestra responsabilidad equiparles para ejercer dominio en Su nombre, por Sus medios. Tenemos que protegerlos de la propaganda que proviene del Humanismo, de modo que les damos una genuina educación Cristiana. Tenemos que equiparlos espiritualmente, de modo que los catequizamos y conducimos una adoración consistente en familia. Tenemos que prepararlos para su llamado, ayudarles a encontrar cónyuges piadosos, proveerles modelos bíblicos y piadosos de masculinidad y femineidad, dejarles una herencia, etc.

Pero, más importante aún, debemos darles una orientación futura. No vivimos sólo para nosotros mismos, sino para las miles de generaciones aún no nacidas. No podemos evadir el Mandato de Dominio. Si no preparamos a nuestros hijos para el dominio, los humanistas, los que odian a Dios y los idólatras ejercerán dominio en nuestro lugar. Aquellos que odian a Dios seguirán rebelándose contra Él y acarrearán Su juicio sobre sus cabezas y la sociedad se hará más malvada, más corrupta y perversa. Y en gran medida, será nuestra falta.

Las generaciones que vendrán mirarán ya sea hacia atrás, hacia nuestra época y levantarán y bendecirán nuestro compromiso con el dominio, o nos maldecirán por lo que pudimos haber hecho... pero no hicimos. Nuestros hijos son los medios que Dios nos ha dado para ejercer victoria y dominio en la tierra. Debemos pedirle a Dios que nos conceda muchos de ellos. Debemos amarlos. Debemos entrenarlos. Y debemos prepararlos, para el dominio.

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>